

DE BUENAS LETRAS

La muerte y los espejos

JACINTO S. MARTÍN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Lewis Carroll, Borges, Poe, Chesterton, Papini, Schwob, Hoffmann, Lovecraft y otros grandes escritores de la Literatura Universal se sintieron atraídos por el misterio de la muerte y los espejos. Algunos de manera recurrente les dedicaron parte de sus mejores páginas e indagaron «a través del espejo», como si más allá del reflejo pudiera encontrarse la espalda de la suerte de un hombre que mira de frente. J. L. Borges afirmaba que Dios ha creado las noches que se arman de sueños y las formas del espejo para que el hombre sienta que es reflejo y vanidad.

El espejo, suplantador del agua, nos lleva a meditar sobre la imagen inversa que proyectamos, porque la meditación y el reflejo son los railes paralelos del extraño tren de la vida. En la tradición sagrada de los vedas el espejo simbolizaba la sucesión de formas, la duración limitada y siempre cambiante de los seres. No somos más que sucesiones de sombras que, a veces, recordamos a otras sombras y sentimos cierta ilusión de permanencia como la joven de Matsuyama que al mirarse en el espejo creía

ver a su madre a la que se parecía. La magia del espejo eternizaba a quien tanto quería.

Sin embargo miramos el mundo una sola vez, en la infancia. El resto permanece en el espejo de la memoria. A cada paso la vida te adelanta por la derecha y te hace clic como si tu memoria fuese una cámara fotográfica y te va revelando los miles de negros negativos, los frágiles espejos de obsidiana, los miles de espejos rotos a los que recuerdas como en las viejas y amarillentas fotografías –espejos de un solo momento– y te apena no encontrar respuestas para tantas preguntas. La ignorancia dura ya millones de años. No hay quien la repare: ni la religión, un extraño sedante para el dolor de estar vivos, ni la ciencia lenta, aunque esperanzada. Mientras se va imponiendo la razón, hay que jugar con el pensamiento mágico de la fe.

Borges, que siempre sintió el horror de los espejos, declaró su terror «ante el agua especular que imita el otro azul en su profundo cielo que a veces raya el ilusorio vuelo del ave inversa o que un temblor agita». Y el escritor argentino insistía en su valor mágico cuando

afirmaba que todo acontece y nada se recuerda en esos gabinetes cristalinos donde, como fantásticos rabinos, leemos los libros de derecha a izquierda.

Así de extrañas, sorprendentes, absurdas o surrealistas se tornaron las páginas de maestros como Bioy Casares, Lewis Carroll, Virginia Woolf o Ángela Carter después de mirarse a un espejo o de escribir reflejados en uno de ellos.

El espejo es quizás el único objeto verdaderamente metafísico, verdaderamente mágico, pues duplica el mundo de manera indeterminada con la máxima exactitud posible. Crea un mundo paralelo como el arte, como nuestra mente, que dispone durante el sueño de un mecanismo liberador, excretor de la realidad. Todas las culturas humanas han sentido la atracción liberadora del espejo. Del espejo surgen religiones, filosofías, leyendas, sentencias morales, teorías mágicas o científicas, todo flotando en la indeterminación.

Pero también lo indeterminado es un valor literario importante, la literatura se mueve entre lo exacto y lo totalmente inexacto, intentando definir lo inexacto con exactitud y revelando la fabulosa inexactitud de todo lo exacto. El ‘nonsense’, el sinsentido, tiene todo el sentido pleno del mundo exterior, es el captador del misterio mágico de las cosas.

Somos solo un frágil espejo de obsidiana, un débil cristal negro –pues lo marca la muerte– nacido de las entrañas de la tierra, de los volcanes que crean miles de puertas de entrada al otro mundo, misterioso, extraño. Millones de ignorantes espejos negros de cristal nacidos de la debilidad de la obsidiana copiando a otro y luego a otro, a otro, a otro, a otro...